

El verano pasado fui a visitar a mi hermana Lourdes, que por entonces estudiaba en Londres con una beca de la Unión Europea. Mi hermana tiene cuatro años más que yo, y el año anterior se había licenciado en Químicas, todo con sobresalientes y matrículas de honor. En cambio, yo, aquel curso, primero de la carrera, me presenté con una asignatura suspendida. Se lo notifiqué a mi padre cuando este se desderezaba de la siesta.

-¿No te da vergüenza? -me dijo mi padre entre bostezos-. A ver si mantienes alto el pabellón de la familia, como Lourdes.

-No es que ella lo mantenga alto -contesté-, más bien lo ha izado, porque si esta familia ha tenido alguna vez pabellón, lo ha usado como felpudo.

Apenas pronunciada la última sílaba, un feroz oso de peluche se abalanzó sobre mi cabeza, tras ser arrojado con fuerza desde el sofá en que se estaba con el autor de mis días. Afortunadamente, las figuritas de porcelana de Lladró le pillaban a trasmano. De esa manera quedó vengada la ofensa y, por suerte, mi viaje a Londres no se cuestionó, sobre todo porque estudio filología inglesa y mis progenitores consideraban que la estancia en la capital británica beneficiaría bastante mis conocimientos sobre la lengua de Shakespeare. Otra razón para que mi padre no se opusiera a aquel viaje de estudios era que su única aportación la constituía el billete desde Heathrow. La ida no le preocupaba, pues sabía que yo me las arreglaría. En cambio, el billete de vuelta lo compró para asegurarse de que volvería a Madrid a tiempo para preparar mi examen de septiembre. Para la ida pasé varios meses estudiando folletos y ofertas de agencias de viajes, y al final me decidí por un vuelo chárter de las Aerolíneas de Lepe, o algo similar, que ofrecía las mejores tarifas, incluyendo además en el precio la no muy remota posibilidad de un amerizaje de emergencia en el Cantábrico. Permanecí en Londres las tres últimas semanas de julio y las dos primeras de agosto. Mi principal actividad allí consistió en discutir con mi hermana y con su compañera de piso, una psicóloga argentina que realizaba el doctorado y que me diagnosticó varias enfermedades mentales incurables. También, y a pesar de mis primitivas intenciones, tuve bastante tiempo para estudiar, tarea a la que me impulsaron varios días de lluvia pertinaz y mi cada vez más mermada situación económica. Por supuesto, hice en Londres cosas más interesantes, pero ya llevo bastante tiempo hablando de esto y tampoco se trata de que haga una redacción sobre mis vacaciones estivales. Lo importante y la razón para que esta historia comience en la ciudad del Támesis es lo que hice el último día que pasé allí.

La mañana amaneció más que nublada, y de vez en cuando las nubes nos obsequiaban con sus húmedos zumos. El tiempo ideal para pasear por Hyde Park buscando caracoles; sin embargo, dejando de lado esta apasionante actividad cinegética, decidí armarme de chubasquero y paraguas y me acerqué a Portobello Road, llevado por el interés que siempre han despertado en mí las antigüedades, aunque mejor debería decir las antiguallas, ya que mi bolsillo nunca me ha permitido obsequiarme con un lienzo impresionista o un bargueño del siglo XVII, artículos que, por otra parte, no he tenido la ocasión de ver en el mercadillo de Portobello, aunque quizás los haya en tiendas a las que ni siquiera me he atrevido a entrar. Lo que sí se encuentra por todos los puestos y galerías de este mercadillo son infinidad de trastos y artefactos, que hacen las delicias del amante de lo viejo y de lo extraño, así como de los coleccionistas de a pie, esos incomprendidos acumuladores de cajas de cerillas, juguetes de cuerda o latas de pimentón, tan lejanos a esos otros admiradores coleccionistas, acaparadores de obras de arte, como los Thyssen o los Medici.

Este mercadillo londinense se celebra los sábados. Entonces es cuando acuden cientos de chamarileros, que instalan sus puestos en la aceras de las calles, pero el resto de la semana las tiendas están igualmente abiertas. En esos días, el barrio no tiene el alboroto y el colorido que le proporciona el mercadillo ambulante, pero en la tranquilidad de los días laborables resulta más fácil encontrar alguna ganga, especialmente si uno acude, como hice yo, a primerísima hora de la mañana. Aquel día no era sábado, y cuando salí del metro lloviznaba y apenas se veía gente por las calles...